

que acababa de romperse. Mientras la ciudad humana se desplomaba, recibían ellos en la contemplación de la ciudad eterna el espíritu de las leyes que debía reedificar las abatidas murallas; hasta puede decirse con exactitud que en aquel tiempo el genio del aislamiento estaba en la plaza pública y el principio de la sociedad en la ermita. El alma del mundo civil soplaba desde el fondo de las soledades, lo que me inclina á pensar que el comienzo de toda sociedad se señala siempre por un recogimiento parecido del hombre, que va á buscar su ley en el libro del desierto. Moisés en el Sinaí, Zoroastro sobre el Bordj, Manú en la orilla del Ganges, Orfeo en la Tracia, ¿son por ventura otra cosa que los anacoretas del mundo naciente, como Antonio, Pablo, Atanasio, son los anacoretas del mundo renovado?

III

El principio religioso en Babilonia y en Fenicia.—El sentimiento de lo infinito en el amor pagano.

Desde la primera aurora que los pastores del Alta Asia invocaban en sus himnos del *Rig-Veda*, todo, hasta los mismos cielos, ha cambiado, y sin embargo, aquel mismo culto aparece ahora en medio de la Caldea, sin otras diferencias que las propias de un pueblo ya civil y educado por la experiencia. Babilonia ha heredado la religión de los pastores del Alta Asia. En este intervalo, lo que era inspiración ha pasado á ser ciencia, observación, cálculo. Ya no se atrae á los astros naciéntes con la promesa de una ofrenda de leche, pero se les levantan grandes templos en medio de ciudades construídas según el plan de la ciudad celeste. En la cima de estos templos, formados de torres superpuestas, dispónese para el sueño de los sacerdotes, en vez de toscas esteras, un lecho de oro, y durante las evocaciones van á terminar allí, sobre la púrpura, sus sueños en las constelaciones. Los astros caprichosos, que se elevaban y descendían

en sus carros al compás de los himnos, quedan sujetos en adelante á una marcha regular. Su rumbo está señalado, y en vez de vivir solitarios, forman ya una sociedad brillante que tiene su jerarquía, sus sátrapas, su déspota. Combinaseles, se les apareja entre sí, formando constelaciones vivientes, ídolos luminosos, que derraman el bien y el mal en la tierra. Á medida que el hombre, cansado de emigraciones, se ha fijado en un domicilio, ha hecho entrar también las estrellas en sus moradas sagradas. Las doce casas del Zodiaco se abren para recibir los doce dioses, y á sus umbrales van á beber en las fuentes de la Vía Láctea los animales celestes. La serpiente, el pez, el perro, el escorpión, hallan su primer asilo en el puro cielo del Asia. Intérpretes de la luz invisible, los planetas errantes muestran el porvenir, mientras que debajo de ellos están las treinta estrellas *consejeras*, cada una de las cuales tiene su color, su voluntad, su genio. Más allá de los astros de los vivos habitan los astros fríos, que únicamente los muertos pueden contemplar, y para regir este reino celeste surge de nuevo, con el nombre de Bel, el sol Indra-Aries, conductor de rebaños. El hombre no pide ya sólo á los astros indulgentes la hierba de cada día para la vaca ó el caballo; otros cuidados le asedian; el día de mañana empieza á inquietarle; deja el cántico por la astrología.

Vemos por todos estos rasgos que el culto de Babilonia no es más que un rito particular del

culto de la luz primitiva; sólo que, representándola encarnada en la figura de los astros, encerrándola en la órbita de los cuerpos visibles, consagraba la adoración de las imágenes en los templos, lo cual formaba un contraste notable con el genio tan espiritual del *Zend-Avesta*, verdadero protestantismo en el seno de la gran iglesia pagana, de donde nacieron las guerras de religión entre la Asiria y la Persia. Á esto debe añadirse que en el espíritu de los patriarcas de la India y del Asia, los dioses nutridos con leche no tenían sino pensamientos infantiles. Despertarse durante la noche para calentarse en el hogar de los pastores, aguijonear las ciervas uncidas á sus carros, hartarse con las ofrendas de miel, constituía su felicidad suprema, sin que, por otra parte, existiese entre ellos ningún lazo, comercio ni sentimiento común. No estaban aún señalados la diferencia y los instintos de los sexos, mientras que al encontrarse ahora este mismo culto en la Caldea, diríase que, en el intervalo, los dioses niños habían llegado con la misma naturaleza á la edad de la pubertad. El deseo ha nacido, se ha desarrollado en el seno del Señor, cualquiera que sea su nombre, Bel, Baal ó Adonai, y la tierra, insinuándose el amor divino en el mundo, hase despojado de su túnica de inocencia. Al mismo tiempo, el universo, que en los primeros Vedas no tenía, por decirlo así, ninguna expresión distinta, animase y se llena de pensamientos ardientes. Las estrellas,

que al eco de los himnos se levantaban sin deseos, lanzan ahora rayos inteligentes sobre la faz de las cosas, y en vez de la antigua noche, adormecida bajo los helados fulgores de los Gemelos ó los Asvins, la noche amorosa implora ahora las caricias del día. La tibia aurora del *Rig-Veda*, sin perfume, sin alma, hase trocado en una virgen núbil que codicia á su eterno amante; su seno se hincha con la curva de las nubes y las montañas; de su cintura desnuda caen las mieses maduras. ¿Qué más? La infancia del mundo ha pasado, y la ardiente juventud se anuncia por el grito de voluptuosidad que se escapa de Babilonia. En ardientes ritos, donde se ostentan los misterios de la generación y la maternidad, la gran cortesana de los mundos, la Naturaleza desplegada, celebra sus desposorios con el señor Sol. Sentada sobre un león de pelos erizados, con una diadema de torres sobre su cabeza y en el cuello pedrerías que brillan con la luz de las estrellas, precipitase aquí y allá, sembrando por todas partes en la madurez de la vida la cruel voluptuosidad que la devora. Llevada por las caravanas, su camino se abre por el comercio. En la extremidad de todas las grandes vías de comunicación elévase su templo, de modo que todos los senderos parecen conducir á ella. Dondequiera que se establece una industria, se encuentra á la enamorada con el inmortal amante: Mylita y Thammuz en Babilonia; Astarté y Adonis en Fenicia y Cartago; Cibeles y Attis en Frigia; siempre el mismo

par, el matrimonio del cielo y de la tierra, la fiesta de la concepción de la madre de todas las cosas al acercarse el verano; siempre el mismo duelo, los mismos trances para el sol, perdido y devorado por el diente de los inviernos y vuelto á encontrar en la primavera; siempre el Dios muerto, sepultado en el sepulcro y resucitado de su Calvario en las pascuas desenfundadas. El mismo comercio suntuario de los babilonios, extendiendo por todas partes las pedrerías, las perlas del golfo Pérsico, los perfumes é inciensos de Arabia, los tapices de la Caldea, *más dulces que el sueño*, era una especie de rito religioso que adornaba el seno de la tierra. ¿Qué hacían los fenicios cuando despleaban de ribera en ribera la púrpura de Tiro? Embellecían el manto de la gran madre de las montañas, y las industriosas ciudades, Tiro, Sidón, Cartago, Esmirna, al borde de la mar sentadas, eran otras tantas *esclavas* constantemente ocupadas en adornar, restaurar y bordar los pliegues de la túnica de la desposada, que ocultaba en la nube su frente cargada de almenas; de suerte que, bajo muchos aspectos, las artes industriales no eran más que una consecuencia del culto. Por otra parte, en Babilonia, en el corazón mismo del Oriente, fué donde aquella diosa satisfizo sin cesar sus insaciables ardores, abrazando en su vasto regazo todas las sociedades del Asia Occidental. Á todas comunicó el mismo espíritu; enlazó á la Caldea, la Fenicia, la Frigia, la Lidia, el Canaán, pudiendo decirse que

las consumió con sus abrazos, hasta que no quedó de ellas más que sus nombres.

Representada así la Divinidad en su aspecto femenino, era natural que emancipase bajo muchos aspectos la condición de las mujeres. Mientras en todas partes hilaban obscuramente en el fondo de los gineceos, gozaban aquí de horrible libertad bajo el manto de la diosa. En los mismos lugares donde el mahometismo las ha privado en cierto modo de la vida civil, aparecían sobre sus tronos Semíramis, Dido, Stratonice, Atalia, Artemisa, Cleopatra, como la imagen triunfante de la eterna Astarté. Coro de Ménades reales que, heridas por punzante aguijón, prosiguen la carrera desenfrenada de la Madona del panteísmo.

No otra cosa hacía tan fácil la pendiente á la idolatría en la Judea. Estoy persuadido de que Salomón y los reyes de Israel y de Samaria, al asociar á Jehová la Venus oriental, creían completar, consumir en él la Divinidad más bien que destruirla; afeminaban su culto, no renegaban de él; le llevaban á su templo su compañera, la esperada esposa. Era una alianza ofrecida á Jehová para salir de la eterna viudez, con tanto más motivo cuanto que la diosa fenicia hablaba la misma lengua que él, era luz como él; que descendiente de la Caldea, tenía su mismo origen; que en medio del ejército de los cielos, parecía bajo muchos aspectos el reflejo del antiguo astro de Jacob, y que así todo lo explicaba, consagraba á los ojos de los

sentidos sus desposorios. Pero el Dios de José rechazó obstinadamente á la celeste Putifar, porque no debía de tener otra esposa que la Iglesia mística de la Edad Media.

He aquí cómo, después de haber agotado todos los sentimientos de la infancia, terror, respeto, admiración, entrégase ahora el hombre á un amor delirante por lo infinito bajo la forma de la Naturaleza. No es posible negarlo. Esto no es ya una creencia nutrida de leche y miel, sino la bebida de Fedro; son las señales del deseo desencadenado por la *virgen loca*, que en todas las cosas vive y respira. Con frecuencia se cansa el hombre de no abrazar más que los fríos miembros de la diosa de oro ó plata en el fondo del santuario; quisiera poseer la diosa misma palpitante en su carne mortal. Con la mirada extraviada, presa del vértigo, precipítase fuera del templo, cuya estrechez le ahoga; recorre los sitios salvajes, donde forma coros de Coribantes, Curetas y Dáctilos, que de retiro en retiro buscan la grande abuela de las montañas, eternamente madre, eternamente virgen. Al son de los tambores y de la flauta frigia, corre al fondo de las cavernas, con una antorcha ardiendo en la mano, para ver si está allí la diosa dormida. Embriagado en todas partes con sus emanaciones, respira de cerca sus perfumes en la cabellera de los bosques sagrados, y cree sentir bajo las flores las palpitaciones del seno de la Matrona de las selvas. Elévase sobre las cimas, descendiendo al fondo de los gol-

fos, gritando: «¡Evohe! ¡Evohe!» Luego, cuando el suspiro de los océanos le responde, á la voluptuosidad se mezcla la desesperación de no poder tocar aquel infinito engañoso. Agota la copa de la orgía: su sed se acrece aún; desgárrase con sus manos, y sellando su cuerpo con terribles estigmas, sigue siempre á la gran Madona amorosa que siempre se oculta allá en el horizonte sobre su carro tirado por rugientes leones. Percibe sobre el rocío encendido las huellas de las ruedas; aproximase; se obstina, hasta que jadeante, extraviado, no sabiendo ya á qué lado volverse para abrazar á la amante, la ve un día subir á los purísimos cielos de la Siria bajo la figura de la Virgen inmaculada del cristianismo; porque era preciso que el hombre hubiese recorrido con su antorcha todo el recinto de la materia y de los cuerpos, antes de consentir en buscar definitivamente su dicha, más allá del universo visible, en un amor más insaciable que el amor de las Ménades.

LIBRO QUINTO

LA RELIGIÓN HEBRAICA

I

Jehová.—La revelación por el desierto

Hasta aquí hemos visto, bajo la máscara monstruosa del paganismo, el espíritu de la tradición universal; abramos ahora el libro que encierra cuanto de vital hay en todos los del Asia, que los reúne todos y todos á la vez los contradice, consagrándolos y aboliéndolos á un mismo tiempo. En esto consiste, bajo el punto de vista humano, el milagro más visiblemente escrito en cada página de la Biblia. Por un lado, recoge lo más puro de la substancia del Oriente, por otro señala el fin de su reinado. Corónalo y lo maldice á un tiempo, y como, sobre todo, lo comprendía, hállase penetrado de la idea viviente de Dios, que bebe en cada una de las fuentes santas del naciente mundo.

De medio siglo acá, el texto del Antiguo Testamento ha sido examinado más que nunca. Alemania se encargó de esa tarea. El espíritu del hombre